

Así, después de mostrar una curiosidad insaciable por las ciencias naturales más avanzadas de su tiempo, aprendió a reconocer la Verdad de la amonestación de Mefistófeles en el Fausto de Goethe: «En vano rondará usted de ciencia en ciencia, / cada quien solo aprende lo que puede aprender». ⁵⁶

Amores, tempestades y ambiciones

Ya lo he dicho: Freud afirmó a menudo que toda su existencia había estado marcada por la necesidad de encontrar un amigo indispensable que fuera igualmente un indispensable enemigo. En 1899, con referencia a Fausto, destacó a ese respecto que todas sus amistades masculinas habían sido las encarnaciones de una figura de su infancia —su sobrino John— «que "antaño se mostró a mis opacos ojos"; son resucitados». ¹

Con sus numerosas citas de los textos de Goethe, Freud se atribuyó desde época muy temprana un estatus análogo al del príncipe de las letras alemanas, su escritor predilecto. Admiraba tanto como este la *Weltliteratur*, la literatura universal, la civilización grecolatina, Oriente y la sensualidad de los pueblos primordiales. Le encantaba contar la historia del orfebre Demetrio que, en Eféso, en el año 54, se había opuesto a los judíos, los cristianos y el apóstol Pablo porque la nueva religión monoteísta atacaba a las antiguas divinidades y el comercio de estatuillas de la diosa Artemis: «¡Grande es Diana Efesia!», gritaban los amotinados. Y Freud, como Goethe, hacía del orfebre el símbolo de la resistencia del artista frente a la militancia religiosa, sin dejar de recordar que las figuraciones de la diosa madre (*Ur Mutter*) existían en todos los cultos, desde la primitiva Oupis hasta la Virgen María. ²

Freud se sentía el heredero de Goethe. Como él, había sido el favorito de su madre, nacido «negro» y prometido a un destino heroico. Al identificarse tanto con Fausto como con Mefistófeles, se asignó muy pronto la misión de dar existencia a lo que el discurso de la razón procuraba enmascarar: la parte oscura de la humanidad, lo

que hay de diabólico en ella; en resumen, lo reprimido, lo desconocido, el sexo prohibido, la extrañeza, lo irracional, la farmacopea. Además, Freud compartía con Goethe un mismo culto de la naturaleza, una aversión al dogmatismo, un amor loco por la arqueología e Italia, un rechazo de la metafísica y una capacidad inaudita de mantener amistades duraderas para luego desahacerlas.

Y fue en la más pura tradición del *Sturm und Drang* (tempestad y pasión) —encarnado por Goethe y *Las cuiltas del joven Werther*— que Freud, científico positivista, darwiniano y racional, en busca de gloria y adversidad, especializado en la observación de los animales marinos, se enamoró, a los veintiseis años, de Martha Bernays. Tras la connoción que había suscitado en él Gisele Fluss diez años antes, se había mostrado muy poco interesado en las muchachas. Afectado de inhibición, angustia y neurastenia, caía periódicamente presa de enfermedades somáticas: malestares, desmayos, trastornos cardíacos y digestivos, migrañas, neuralgias de origen inflamatorio, colitis. Su cuerpo, al que llamaba «nuestro pobre Konrad», jamás lo dejaba tranquilo. Una vez contrajo incluso una fiebre tifóidea leve, y después una forma atenuada de viruela. Víctima —él, el trabajador incansable— de dolores físicos, muy pronto se aficionó a la nicotina, primero en cigarrillos y luego en puros: una veintena por día.⁶ Solo el hombre que sufre puede realizar algo, pensaba, y cuando el bienestar lo invadía no lograba ni crear ni pensar. En 1897 declaró que las adicciones no eran otra cosa que sustitutos de la práctica de la masturbación: necesidad propia de la especie humana salida del mundo animal.⁷ ¿Cómo no evocar aquí las célebres palabras de Darwin, que tan bien convienen a la génesis y el devenir de la obra freudiana: «El diablo con forma de babuino es nuestro abuelo?»

Una vez más, se trató de una historia de familias y encuentros cruzados. Nacida en Hamburgo el 26 de julio de 1861, Martha era hija de Berman Bernays, comerciante de paños y bordados, que había conocido la bancarrota y la cárcel a raíz de malos negocios, tras lo cual se instaló en Viena en 1869. Aunque de escasa fortuna, los Bernays eran de una condición social e intelectual superior a los Freud. Célebre filólogo alemán apegado al judaísmo ortodoxo, Jacob Bernays (1821-1881), hermano de Berman y tío de Martha, se había negado a convertirse y prefirió renunciar a un puesto de profesor en

una universidad prusiana antes que renegar de su fe. Comentarista de la obra de Aristóteles, había puesto de relieve, contra la interpretación clásica, el carácter médico de la catarsis, que veía menos como una purgación del alma que como una terapia ancestral, originada en el corpus hipocrático y apta para reducir las violencias colectivas. Los trágicos griegos, entonces, la habían heredado. Aunque nunca lo conoció, Freud admiraba a ese sabio riguroso y ascético, enamorado de los hombres, y que había sido amante de uno de sus ex alumnos, el poeta Paul Heyse.⁸

Quinta integrante de una fratria de seis, dos de los cuales habían muerto de pequeños y un tercero en la adolescencia, Martha estaba muy apegada a su hermano Eli, convertido en cabeza de familia después de la muerte de Berman, y a su hermana menor Minna, que no se le parecía en nada. Los tres vivían con su madre, Emmeline, hija de comerciantes, judía practicante, arrogante, egoísta, imbuida de prejuicios religiosos y que, según el rito ortodoxo, había sacrificado su cabellera al día siguiente de sus nupcias, para usar a partir de entonces peluca.

Novio de Anna, hermana de Freud, Eli visitaba con frecuencia a la familia en compañía de su madre y sus dos hermanas. Una noche de abril de 1882 Martha conoció a quien iba a ser su esposo. Al ver a esa joven elegante, de rasgos delicados y pelo oscuro, que llevaba un vestido de cuello ajustado y calzaba finas botas con cordones, Freud experimentó un sentimiento extraño, convencido al instante de que ella, una mujer que era lo contrario de su madre, sería para él la mujer de su vida. Por eso se dejó desbordar por ese estado amoroso, cuyos efectos devastadores siempre temía. Durante sus largos años de estudio no había soñado más que con la ciencia y la celebridad, a costa de reprimir sus afectos.

Pese a su timidez enfermiza, se apresuró a conquistar a esa mujer, cortada por otros y de la que deseaba adueñarse. Todos los días le enviaba una rosa acompañada de un verso latino. El 27 de junio de 1882 se comprometieron en secreto y decidieron de común acuerdo respetar las convenciones victorianas de su tiempo, que obligaban a los futuros cónyuges a someterse a un largo período de castidad pre-nupcial. Freud no había terminado su formación médica y, en consecuencia, no podía pensar en fundar rápidamente una familia.⁹

En ese final del siglo XIX las jóvenes de la buena sociedad, some-

tidias a noviazgos interminables y consumidas por la frustración, se sumían a menudo en una neurosis histérica que las llevaba a consultar a especialistas en enfermedades nerviosas. En cuanto a los varones, frecuentaban los burdeles o tenían amos con mujeres casadas, har- tas por su parte de una vida conyugal muchas veces monótona. Freud escogió la abstinencia, las drogas, la exaltación romántica y la sublimación, lo cual lo llevó a ser un excelente epistológrafo.

Durante años intercambió con Martha, que vivía en Wandsbek, cerca de Hamburgo, una voluminosa correspondencia amorosa en la cual se mostraba alternativamente tiránico, impetuoso, celoso, melancólico, proflífico y capaz de elaborar, hasta en sus más mínimos detalles, proyectos de vida cotidiana, en los que llegaba al extremo de describir por anticipado cómo veía la organización de la casa. Martha debía ser su dulce princesa, afirmaba Freud, aquella a quien se hacen mil regalos y se dan mil vestidos elegantes. Pero también tendría el deber de ceñirse a la organización de la pareja y el hogar, así como a la educación de los hijos, y apartarse de todo proyecto de emancipación. En cada página de cada carta Freud contradecía las tesis de Stuart Mill, a pesar de que había traducido su obra dedicada a la libertad de las mujeres.

Y de igual modo, pensaba contra sí mismo al adoptar en su vida privada prejuicios y comportamientos dominantes que, sin embargo, reprobaba en sus manifestaciones públicas. Martha le respondía siempre con cierta firmeza que no aceptaría que la tiranizara, pero nunca conseguía impedir que su prometido se refiriera a sus celos y su rivalidad con quienes la frecuentaban, en especial Fritz Wahle, un seductor artista que había osado darle un beso. Freud también prohibía a su querida y tierna princesa tratar con familiaridad a sus admiradores, e incluso agarrarse del brazo de un hombre cuando se daba el gusto de acudir a una pista de patinaje. Un día se ofuscó porque ella había visitado a una amiga de la infancia que había tenido una relación carnal con su prometido antes de la boda. Freud velaba por su buena salud y se preocupaba por su peso y su palidez. En una palabra, el enamoramiento y la abstinencia lo tornaban insoportable, despótico e irracional.

Persuadido de que su amor por Martha era más fuerte que el de ella por él, llegó a reprocharle que le hubiera dado su consentimiento

to sin sentir por él un verdadero afecto. Se quejaba además de los sufrimientos que padecía cuando creía darse cuenta de que ella se esforzaba en vano por amarlo. En junio de 1884 trazó el balance de sus relaciones:

Quiero decir que yo me impuse a ti y que tú me aceptaste sin gran afecto. Sé que todo esto ha cambiado por fin, y este éxito, que yo deseaba más que cualquier otra cosa, y cuya prolongada ausencia ha constituido mi mayor tristeza, me presta alientos, ayudándome a encarmarme con los otros éxitos que aún anhelo. [...] ¿Te acuerdas de cómo nos peleábamos y de que nunca te rendías? Éramos dos personas que pensábamos de manera distinta en todas las facetas de la existencia: dos personas decididas a quererse por encima de todo y que, de hecho, ya se amaban. Y luego, cuando sobrevino una época prolongada en que no surgieron diferencias entre nosotros, tuve que admitir, confrontado conmigo mismo, que antes, a pesar de ser mi amada, te mostrabas tan pocas veces de acuerdo conmigo, que nadie hubiera podido deducir de tu conducta que te estabas preparando para compartir mi vida.¹⁰

Buscando una vez más al indispensable enemigo, comenzó a detestar a Emmeline, la madre de Martha, quien por otra parte le pagaba con la misma moneda y, al contrario de su hija, no consideraba a su futuro yerno como un ser excepcional. Le reconocía empero algunas cualidades: constancia, tenacidad, temeridad. Si mucho tiempo atrás Freud se había enamorado de una muchacha porque admiraba en ella la sombra de su madre, esta vez se empujó en separar a la madre de la hija. Le reprochaba a la primera ascenderse a un hombre y haberlo privado de la segunda al mudarse de Viena a Wandsbek. Por añadidura, se moñaba abiertamente de las prácticas religiosas de la familia Bernays. Calificaba de camelos oscurantistas los ritos alimentarios y la observancia del sabbat, y conminaba a Martha a apartarse de ellos si no quería reprimendas. El destino de las muchachas, también decía, es dejar a padre y madre para someterse a la autoridad del marido.

Como Martha había puesto en manos de su hermano Eli la administración de una parte de la dote que ella había heredado de su tío Jacob, Freud encontró la manera de rivalizar con su futuro cuñado,

al extremo de acusarlo de hacer transacciones dudosas y exigir a su prometida una ruptura inmediata. En realidad, Eli era víctima de un chantaje que le hacía una mujer, sin duda una antigua amante, que le reclamaba dinero para criar al hijo que habría tenido con él. Y usó entonces la dote destinada a su hermana. Indignada, Martha apoyó a Eli, a quien Freud trató de bellaco. Fue preciso que se produjera el casamiento entre Eli y Anna,¹¹ en 1883, para que cesaran las hostilidades.

Así como Freud había necesitado a un enemigo para avanzar de su entorno a la mujer deseada, para hacerse amar por ella recurrió en su combate a una indispensable amiga: Minna Bernays, la hermana menor de Martha. A lo largo de ese interminable noviazgo Minna se convirtió en su cómplice y su aliada intelectual, capaz de oponerse a Emmeline, sobre todo en el terreno de la religión: «No quieres mucho a tu madre», le diría Freud un día a Martha, «pero estás llena de miramientos con ella. Minna, por su parte, la adora y no la trata con consideración».¹² Esta situación convenía además a su concepción de un orden familiar ampliado. Ya en 1882 se decía mucho más atraído por Minna debido al hecho de que era la novia de su amigo vienés Ignaz Schönberg. La inteligencia y el espíritu cáustico de su futura cuñada le parecían en extremo encantadores. Por eso le escribía cartas de una infinita ternura en las cuales le hacía numerosas confidencias y la llamaba «querida mía, mi hermana».¹³ Como Emmeline no había autorizado a Minna a comprometerse con Schönberg, Freud le enviaba clandestinamente las cartas de este. En parte a causa de este juego sutil entre Martha, Minna y los dos amigos, algunos comentaristas supusieron la existencia de un amorío, inhallable en los archivos, entre Sigmund y su cuñada.¹⁴

Freud se había forjado la certeza de que Minna se le asemejaba y era tan salvajemente apasionada como él, aun cuando en lo físico pareciera la melliza de su hermana. En consecuencia, consideraba a Ignaz —un hombre prudente y ponderado— como un doble de Martha que prefería a una mujer fuerte y autoritaria antes que a una dulce y delicada princesa. Y deducía de ello que las dos parejas formarían en el porvenir un valeroso cuarteto en el que, con armonía, se mezclarían temperamentos opuestos. Así creía poder reconstruir en su vida futura el ideal de fraternidad conflictiva al que estaba tan apegado desde su infancia. Pero en 1885 Schönberg, ya afectado por

la tuberculosis, se vio con Minna por última vez antes de reunirse en Baden con Freud, que juzgó desesperado su estado. Su muerte provocó en este una gran conmoción, agravada por el hecho de que, poco tiempo antes, su camarada Nathan Weiss, ante quien se abrió la perspectiva de una brillante carrera de neurólogo, se había ahorcado en un establecimiento de baños al volver de su viaje de bodas.

Redactadas en un estilo a menudo caótico, las cartas escritas por Freud durante ese período dan testimonio de un verdadero talento literario. Escribía a vuela pluma y sabía, en pocas líneas, expresar sus afectos, explorar su inconsciente y sus pulsiones y manifestar con palabras simples pero sabiamente elegidas sus estados de ánimo, sus perturbaciones, sus vacilaciones, su ambivalencia. Siempre dispuesto a cuestionarse y manejar el humor en pleno torrente de furia, tenía aptitud para dar de sí mismo y de los otros una imagen picaresca y lúcida, esbozando aquí y allá retratos de una infinita sutileza. Bosquejaba situaciones, mencionaba anécdotas o contaba sus sueños sin caer jamás ni en la jerga científica —a pesar del uso de términos latinos— ni en el relato sentimentaloides. Una verdadera lección de anatomía novelesca.

Pero la exaltación amorosa de la que dio muestras en diversas ocasiones también tenía por origen un consumo excesivo de drogas. Entre 1884 y 1887, mientras era asistente en el Hospital General, Freud manifestó un entusiasmo considerable por las múltiples propiedades de la planta llamada coca (*Erythroxylum coca*) y del alcaloide extraído de sus hojas, la cocaína.¹⁵ Conocida desde mediados del siglo XIX por sus efectos tónicos y euforizantes, esta sustancia había constituido el tema de numerosas publicaciones. Descontento por haberse visto obligado a abandonar la investigación científica para dedicarse a la práctica médica, Freud esperaba hacer un gran descubrimiento que lo elevara a la celebridad. Y, de tal modo, se lanzó a un estudio histórico clínico de las virtudes de la cocaína en el tratamiento de las afecciones cardíacas, la depresión y los estados provocados por la abstinencia de morfina.

De resultas de ello, experimentó con la droga en sí mismo como un remedio milagroso que supuestamente le permitiría luchar contra su neurastenia y los efectos devastadores de su abstinencia sexual. «Cuidate, princesa mía», le escribía a Martha en junio de 1884,

«cuando vuelva te besaré hasta hacerte entrojecer toda [...]. Y si te muestras indócil, verás quién es el más fuerte de los dos: la dulce mu- chachita que no come lo suficiente o el fogoso hombrerón que tiene cocaína en el cuerpo.»¹⁶ Con la intención de ayudar a su amigo Ernst von Fleischl-Marxow, que había sufrido una grave herida durante una experiencia de patología anatómica y había sido víctima de una amputación fallida del pulgar, le administró cocaína. De ese modo creía poder deshabituarlo a la morfina, que le resultaba indispensable para aliviar sus dolores. Freud ignoraba entonces que ese tratamiento llevaría a Fleischl a sustituir una toxicomanía por otra. Como el propio Freud no era dependiente de aquella droga, se negaba a admitir la existencia de varios casos de adicción, señalados, empero, en la literatura médica de su tiempo.

En su entusiasmo llegó además a sugerir a dos de sus colegas oftalmólogos, Carl Koller y Leopold Königstein, que utilizaran las propiedades analgésicas de la coca en las operaciones oculares. Y fue así como Koller se convirtió en el inventor de la anestesia local.

El episodio de la cocaína, que suscitó interpretaciones delirantes en no pocos comentaristas,¹⁷ debe comprenderse como una etapa importante en la trayectoria del joven Freud. Un día este contó que el estudio de la coca había constituido para él un *altonion*¹⁸ que había intentado en vano alejar de sí: un momento marginal pero profundo y esencial. En otras palabras, es preciso admitir que, con el uso de esa droga, Freud se enfrentó a su «demonio», su *hybris*, su desmesura, la parte irracional de sí mismo que siempre lo llevaría a desafiar el orden de la razón, ya fuera en el interés prestado a los fenómenos oculares y la telepatía o en su atracción por las especulaciones más extravagantes. Durante ese episodio comprobó hasta qué punto la droga podía ser a la vez el mal y el remedio del mal, la herramienta diabólica capaz de producir estados mentales patológicos para tratar a continuación de erradicarlos. Ese paso por la droga, que duró varios años, fue para él, por lo tanto, una manera de hacer el duelo del enfoque fisiológico en beneficio del estudio de los fenómenos psíquicos.

La práctica hospitalaria permitió a Freud conocer a varias eminencias de la ciencia médica e iniciarse en todas las especialidades: la cirugía con Theodor Billroth, la dermatología con Hermann von Zeissl, la oftalmología, la clínica de enfermedades nerviosas, la

psiquiatría en el servicio de Theodor Meynert y, para terminar, la medicina interna bajo la batuta de Hermann Nothnagel, a quien comparó con un gigante teutón salido de los bosques germánicos: «Este hombre no es de nuestra raza. Cabellos rubios y rostro cubierto de pelos con dos enormes verrugas en la mejilla y la base de la nariz».¹⁹

En esa época la creciente influencia de la medicina hospitalaria vienesa, ligada a la profusión de pacientes llegados de todos los ámbitos del mundo germanoparlante, iba a la par con una actitud específica de algunos miembros del gremio que se interesaban mucho más en la investigación, las autopsias y la patología anatómica que en la relación terapéutica. En ellos la fascinación por la muerte se imponía al deseo de curar o prestar asistencia a los cuerpos sufrientes. El arte clínico más consumado consistía entonces en señalar en el cuerpo de un agonizante los signos de una enfermedad que solo se revelaría gracias a la autopsia. El joven Freud afrontó esa prueba pasando una noche entera a la cabecera de un enfermo afectado de escorbuto que, según su sospecha, había tenido una hemorragia cerebral. Anotó hora por hora la progresión de los síntomas y asistió al deceso observando cómo efectúa el ser humano el gran tránsito.

Dentro del hospital los mandarines mostraban despreocupación y hasta una bella arrogancia con los pacientes. Se expandía así ese «mihilismo terapéutico» tan característico del espíritu vienes de la segunda mitad del siglo XIX. Convencidos —con razón, por otra parte— de que las enfermedades formaban parte de la vida, sus adeptos procuraban comprenderlas y describirlas más que curarlas.²⁰

Procedente en línea directa de esta tradición de la patología anatómica, encarnada sobre todo por Carl von Rokitsansky, Theodor Meynert, gran maestro de la psiquiatría vienesa, era un pintoresco personaje, colérico y ambivalente, dotado de un «exterior bastante llamativo, una enorme cabeza encaramada sobre un pequeño cuerpo y una cabellera desmelenada que tenía la molesta costumbre de caerle sobre la frente, y que él debía echar sin cesar hacia atrás».²¹ Esta manera de ser no era, sin duda, ajena al interés que él prestaba a la confusión mental (*amencia*). Inspirado en el modelo herbartiano, Meynert distinguía el córtex superior, del que hacía una instancia de socialización, y el córtex inferior, terreno privilegiado de lo arcaico.

En esa perspectiva, asimilaba el yo primario a la parte genéticamente primordial del inconsciente, y el yo secundario al instrumento de control de la percepción. Freud retomaría en parte sus tesis en el *Proyecto de psicología*.²²

Meynert dejó su marca en la escuela vienesa de psiquiatría al pretender acentuar aún más la idea de que todos los fenómenos psicológicos se reducían a un sustrato orgánico. Con la elaboración de una verdadera «mitología cerebral» adoptaba, en ese ámbito, el punto de vista del nihilismo terapéutico. Apenas se ocupaba de los alienados que tenía a su cargo, y prefería consagrar su tiempo a estudiar la anatomía del cerebro, con el objeto de proponer una clasificación «natural» de los trastornos mentales.

En 1883 Freud fue durante cinco meses alumno de ese científico, que suscitó en él una fuerte impresión. Y gracias a él tuvo la oportunidad, por única vez en su vida, de observar a varias decenas de enfermos mentales a quienes los médicos infligían diversos tratamientos corporales sin prestar atención a su palabra. Es evidente que Freud no sentía atracción alguna por el enfoque de la locura (las psicosis) y no compararía ni la mitología cerebral de Meynert ni su nihilismo. Como había abandonado la investigación en fisiología para dedicarse al ejercicio de la medicina, era preciso además que tomara en consideración la relación terapéutica. Y por eso decidió orientarse en primer lugar hacia la neurología y luego hacia el estudio de las enfermedades de los nervios, esas famosas neurosis observadas con tanta frecuencia en la sociedad occidental, y que ocasionaban trastornos de la personalidad.²³ angustia, histeria, obsesión, neurastenia. El mismo era un producto puro de ellas. En 1885, gracias a Meynert, Nothnagel y Brücke, obtuvo el título de *Privatdozent*, que lo habilitaba para enseñar en la Universidad de Viena.

Hijo de un rabino, pero perteneciente a la generación de judíos vieneses ansiosos por asimilarse, Josef Breuer, nacido en 1842, también se veía destinado a la fisiología.²⁴ Y fue en el laboratorio de Ewald Hering, rival de Brücke, donde comenzó a trabajar en el problema de la respiración, antes de llegar a ser asistente de Johann von Oppolzer, un notable internista, y de elegir la carrera médica para interesarse a continuación en la neurología y luego en la psicología, y por ende en las enfermedades nerviosas. Profesional humanista,

muy alejado del nihilismo terapéutico de las figuras más influyentes del cuerpo médico, Breuer había sabido tejer una red de relaciones personales en el seno de la burguesía acomodada, a tal punto que era médico de sus colegas y de numerosos intelectuales vieneses. Entre ellos Brentano, Billroth, Rudolf Chrobak—célebre obstetra—y, por último, Marie von Ebner-Eschenbach, con la cual mantuvo una vasta correspondencia. «En Breuer», escribe Hirschmüller, «los pacientes encontraban, además de un médico competente, un interlocutor estimulante y un amigo personal. Era la representación misma del médico de familia de comienzos del siglo XIX, que, con la especialización creciente, se había hecho cada vez menos habitual».²⁵

Freud lo había conocido hacia 1877—quizá un poco antes—y había asistido a sus cursos sobre las afecciones renales, a la vez que, como él, se vinculaba con Fleischl y Exner. Gradualmente, encontró en ese clínico ponderado un consuelo permanente. Caía una vez más, pues, bajo el encanto del indispensable amigo, capaz de ocupar, en su imaginario familiar, el lugar del hermano mayor.

Breuer mostraba una gran generosidad con sus amigos. Ayudó económicamente a Freud y le prodigó consejos ilustrados, alentándolo, por ejemplo, a inclinarse por la neurología en vez de la psiquiatría o a mantener las mejores relaciones con la burguesía vienesa. Por último, advertido de la intensa curiosidad de Freud por las experiencias innovadoras o transgresoras, lo impulsó a interesarse en el hipnotismo tan detestado por los partidarios del nihilismo, que consideraban esa técnica de adormecimiento de los pacientes con fines terapéuticos indigna de su ideal de cientificidad. Pero Breuer se obstinaba en mostrarse sensible a esa experiencia originada en el antiguo magnetismo. El propio Brentano, además, le había hablado maravillas de ella, tras visitar en Breslau al fisiólogo Rudolf Heidenhain, que estudiaba los estados modificados de la conciencia,²⁶ de los cuales se pensaba que favorecían el devalamiento de secretos patógenos enterrados en el subconsciente.

En 1880 Breuer empezó a tratar a Bertha Pappenheim, una joven vienesa de veintitún años perteneciente a una familia judía ortodoxa. La muchacha presentaba graves síntomas histéricos. Cuatro años después, Freud, que ya conocía la historia de Bertha, recibió a su primera paciente, afectada de idénticos trastornos.

Para todos los que en esos años aspiraban a tratar las enfermedades nerviosas, la escuela francesa parecía mucho más evolucionada que la escuela austríaca. París era pues, a los ojos de los jóvenes investigadores, la capital del saber más elaborado en la materia. Por eso Freud solicitó una beca para seguir la enseñanza de aquel a quien en todo el mundo occidental se consideraba como el más grande especialista en histeria: Jean-Martin Charcot, apodado el «César» del hospital de la Salpêtrière.

Autoritario y notablemente apuesto, en ocasiones propenso a adoptar la pose imperial con una mano dentro de su traje negro, este médico de origen modesto, a menudo tocado con un sombrero de copa, estaba por entonces en el apogeo de su carrera. Sombrio y silencioso, afectado por un leve estrabismo que contrastaba con la regularidad de los rasgos de su rostro lampiño, este personaje victoriano tenía el contacto con los seres humanos, pero apreciaba las mundanidades. Adoraba a los animales y vivía rodeado de perros y con una monía que testimoniaba su interés por el circo y los seres diferentes, víctimas de enfermedades neurológicas. Conocido por su defensa de las tesis de Pasteur y su combate contra la caza y la vivisección, este clínico de la mirrada, erudito y esteta, parecía absolutamente ajeno a las batallas políticas que desgarraban a Francia en la segunda mitad del siglo XIX.

Herederero de la medicina experimental de Claude Bernard, símbolo del éxito republicano de la medicina hospitalaria, Charcot se había inclinado por la neurología y había descrito la terrible enfermedad que lleva su nombre: la esclerosis lateral amiotrófica. En 1870, mientras París sufría el asedio de las tropas prusianas, había decidido reformar la organización del psiquiátrico que tenía bajo su dirección, para lo cual separó a las alienadas de las epilépticas (no alienadas) y las histéricas. Y fue así como se metió de lleno en la cuestión de la histeria, una obsesión del discurso médico de la época.

Conocida desde siempre, esta extraña enfermedad, que ahora se denominaba neurosis,²⁷ había sido vista durante siglos como la expresión de una locura sexual estrictamente femenina y de origen uterino. Las convulsiones y sofocos que hacían presa del alma y el cuerpo de las mujeres se atribuían a una posesión demoníaca. El diablo embustero, se decía, entraba en la matriz de las mujeres para des-

viarlas de su destino anatómico e impedirles ponerse al servicio de la perpetuación de la especie humana.

En realidad, fue Franz Anton Mesmer quien, en vísperas de la Revolución francesa, efectuó el tránsito de una concepción demoníaca a un enfoque científico de la histeria. Por medio de la falsa teoría del magnetismo animal, Mesmer sostenía que las enfermedades nerviosas tenían su origen en el desequilibrio en la difusión de un «fluido universal». Bastaba pues con que el médico provocara crisis convulsivas en los pacientes —en general, mujeres— para restablecer el equilibrio fluídico perdido. De esta concepción había salido la primera psiquiatría dinámica,²⁸ que puso de relieve las «curas magnéticas». La histeria escapó entonces a la religión para pasar a ser considerada como una enfermedad de los nervios que afectaba a mujeres vistas como «simuladoras», es decir, poseídas por el demonio del sexo, brujas sin dios ni diablo y por consiguiente mucho más nocivas para la sociedad porque también se las acusaba de transmitir un terrible mal: la sífilis. Al exhibir sus cuerpos sexuados, se decía, transgredían el orden procreativo y se negaban a ser madres y esposas.

Charcot reprochaba esas tesis y, durante sus famosas clases de los martes y los viernes, frecuentadas por médicos e intelectuales de todos los pelajes políticos, enseñaba su teoría de los diferentes aspectos del trance hipnótico: letargo, catalepsia, clownismo, sonambulismo. Pero en particular, al poner en escena a las locas de la Salpêtrière —esas mujeres del pueblo en estado de éxtasis y convulsión—, demostraba que sus parálisis o sus gesticulaciones obscuras no eran el resultado ni de una simulación diabólica ni de lesiones localizadas, sino que tenían un origen traumático. Y para probarlo hacía desaparecer y reaparecer los síntomas de la enfermedad. Blanche Wittmann, Augustine Gleizes, Rosalie Dubois, Justine Etchevery y muchas otras, maltratadas en la vida, violadas o víctimas de abusos en la infancia, fueron las heroínas de esas experiencias llevadas a cabo por un maestro cuya sombra mirada clínica lindaba con el genio. El destino de esas mujeres fue immortalizado tanto por el cuadro de André Brouillet como por la *Iconographie photographique de la Salpêtrière* reallizada por Désiré-Magloire Bouneville y Paul Regnard: verdadero monumento levantado en honor de las representaciones visuales de la histeria de fin de siglo.

Para probar que no era un mal del siglo, Charcot hizo de la histeria una enfermedad funcional de origen hereditario y afirmó que sus estigmas estaban presentes en las obras de arte del pasado. Y para confundir a los inquisidores destacó que, en su época, estos habían hecho condenar por brujería a mujeres hísticas.²⁹ Además, para liberar a la histeria de toda presunción uterina, demostró que también podía afectar a los hombres, sobre todo tras padecer traumas provocados por accidentes ferroviarios. De ese modo, asimilaba trastornos funcionales (histeria clásica) a trastornos posttraumáticos (accidentes).

Charcot compartía con la escuela alemana la doctrina de las localizaciones y creía que la construcción de la medicina moderna iba a la par con la elaboración de una clasificación rigurosa. Sin adoptar el principio del nihilismo, apenas se ocupaba de tratar o curar las neurosis. Utilizaba la hipnosis, no con fines terapéuticos, sino para demostrar la precisión de su concepción de la histeria. Esta actitud le fue reprochada por su rival de la escuela de Nancy, Hippolyte Bernheim.

No hay ninguna duda de que Charcot proponía una nueva concepción de la histeria. Sin embargo, solo podía hacerlo porque esta se había convertido en toda Europa en la expresión de una rebelión impotente de las mujeres contra un poder patriarcal atomizado por el espectro de una posible feminización del cuerpo social. En Viena esa rebelión se mantenía confinada dentro del círculo de las familias burguesas. Pero en París —ciudad de los motines revolucionarios— asumía un cariz tanto más político cuanto que la medicina de Estado se pretendía popular y republicana.

Así, las mujeres exhibidas en la *Salpêtrière* eran, sin saberlo, las herederas de la figura de la bruja rehabilitada por Jules Michelet, y de la que Arthur Rimbaud se había erigido en heraldo al celebrar en 1872 «las manos de Jeanne-Marie», esa heroína de la Comuna tratada de «arpia hística» y torturada por las tropas de Versalles.

Brücke intervino en favor de Freud. En junio de 1885 se autorizó a este a interrumpir durante seis meses sus funciones de médico residente.³⁰ El 13 de octubre, siempre bajo la influencia de la cocaína, se instaló en el hotel de la Paix del callejón Royer-Collard, en pleno corazón del Barrio Latino, muy cerca de la Sorbona y el Pantheon.

La idea de deambular por las calles de esa ciudad de las Luces, donde los judíos se habían emancipado por primera vez en Europa, le había proporcionado extrema felicidad. Una vez allí, fue al cementerio de Père-Lachaise para visitar las tumbas de Heine y Börne. Sin embargo, apegado a los ideales de las dinastías reales, le gustaba muy poco el espíritu republicano. Por eso consideraba la epopeya revolucionaria francesa como la expresión de una suerte de patología mental, a la manera de Hippolyte Taine y los reaccionarios de fines de siglo, obsesionados por el recuerdo de la Comuna, que señalaban como el equivalente de una crisis de histeria.³¹

Al adoptar ese discurso de la contrarrevolución y la anti-Ilustración, que fue una de las fuentes del antisemitismo moderno, pronto encarnado por Édouard Drumont,³² Freud parecía olvidar su amor por Bonaparte, heredero del jacobinismo. Siempre excesivo, no tardó en juzgar con severidad al pueblo parisino, consideraba feos a las mujeres y apreciaba muy poco la gastronomía francesa: «Estoy bajo el pleno impacto de París», escribía a Minna,

y, hablando en tonos poéticos, podría compararlo con una esfinge de formas ampulosas y adornos estrafalarios que se zampara a todos los extranjeros incapaces de contestar correctamente a enigmas [...]. Básteme decir que la ciudad y sus habitantes me parecen irreal; es como si las personas pertenecieran a especies distintas de la nuestra, como si estuvieran poseídas por mil demonios. En lugar de oír sus *Monsieur y Voilà l'Écho de Paris*, les oigo gritar *À la lanterne y À bas tal* o cual persona. Creo que desconocen el significado de la vergüenza o el temor. Mujeres y hombres, sin distinción, se apretujan frente a los desnudos, del mismo modo que lo hacen alrededor de los cadáveres en el depósito, o de los horribles carteles que anuncian en las calles un nuevo folleto en tal o cual periódico, exhibiendo simultáneamente una muestra de su contenido. Son gente dada a las epidemias psíquicas y las convulsiones históricas de masas, y no han cambiado desde que Víctor Hugo escribió *Noire-Dame*.

Y en una carta anterior a Martha: «En la Place de la République contemplé la estatua gigantesca que lleva representaciones pictóricas de los años 1789, 1792, 1830, 1848 y 1870. Esto da una idea de la existencia azarosa de esta pobre República».³³

Si la cultura republicana le resultaba desagradable y su puritanismo lo llevaba a veces a olvidar su propio espíritu de rebelión, no por ello Freud dejaba de ser sensible a las más diversas manifestaciones artísticas. En Viena siempre le habían gustado el teatro y la ópera, a la vez que miraba con malos ojos los cafés y los lugares que consideraba demasiado ruidosos. En París, tan pronto como pudo, fue a los grandes bulevares para admirar a su actriz preferida, Sarah Bernhardt, cuya voz y mirada hipnotizaban a las muchedumbres que él tanto aborrecía. Como Charcot, ella llevaba a las tablas los interrogantes de la época sobre la ambivalencia de la sexualidad humana, al representar ora papeles de hombres enfrentados a su femineidad, ora personajes de mujeres embargadas por una libido masculina. En el melodrama de Victorien Sardou, que Freud describía con entusiasmo a Martha, la Bernhardt encarnaba a Teodora, emperatriz maldita, vestida con suntuosos trajes bizantinos y enamorada de un amante patricio, que ignoraba su verdadera identidad.

Freud visitó con frecuencia los sitios culturales eminentes de la capital y fue en Notre-Dame de París donde tuvo la sensación de encontrarse por primera vez en una iglesia que no le recordaba en absoluto las que había recorrido en su infancia junto a su *nanny*. Se prometió releer la novela de Victor Hugo y no paró hasta conseguir subir a las torres para pasearse entre los monstruos y los diablos grotescos de la catedral, mientras soñaba con estrecharse en un ardoroso abrazo con su prometida.

Admiraba a tal extremo a su maestro Charcot que, al acudir a una velada que se celebraba en su palacete del bulevar Saint-Germain, su hija lo atrajo tanto que se vio en la necesidad de alejarse de ella y quedarse con «los ancianos caballeros». Tras señalar que, aunque fea, la joven era interesante a causa de un «parecido casi grotesco» con su padre, comenzó a imaginar, una vez más, lo que habría sido su vida si, en lugar de amar a Martha, hubiera sucumbido a los encantos de Jeanne Charcot: «Nada es tan peligroso como una joven que posee los rasgos del hombre a quien uno admira. En tal caso, todo el mundo haría beña de mí, me echarían de la casa y habría salido ganando la experiencia de una bella aventura. Después de todo, es mejor que no sea así».³⁴ Esa noche había tomado una pequeña dosis de cocaína, se había hecho cortar la barba y el pelo y lucía con orgullo un atuendo

nuevo: un traje negro, una camisa impecable, una corbata comprada en Hamburgo y guantes blancos. Se veía apuesto y tenía la mejor impresión de sí mismo.

(El 28 de febrero de 1886 se marchó de París con destino a Wandsbek y de allí a Berlín, para asistir a los cursos de Adolf Aron Baginsky, un profesor de pediatría muy activo en la comunidad judía de la ciudad e iniciador de una política de prevención de las enfermedades infantiles, mentales y orgánicas. Freud tuvo entonces, sin duda, la oportunidad de descubrir en Berlín algunas torturas y mutilaciones infligidas a los niños para impedir que se masturbaran.³⁵)

Si bien sentía muy poca simpatía por el imperio de los Hohenzollern, Freud amaba Berlín, la ciudad que encarnaba a sus ojos la quintesencia de la cultura y la ciencia en el mundo germanoparlante. Ese encuentro debía permitirle prepararse para ejercer funciones importantes en el Departamento de Neurología de la Steindlgasse, primer instituto público vienés para el tratamiento de las enfermedades infantiles, dirigido por Max Kassowitz. En abril se instaló provisionalmente como médico privado en la Rathausstrasse y comenzó a recibir pacientes enviados por sus amigos. Mientras terminaba la traducción de la obra de Charcot, pensaba en Martha, con quien por fin iba a poder casarse a pesar de sus dificultades económicas y las prevenciones de su futura suegra.

A fuerza de cultivar la abstinencia y el *Sturm und Drang*, tan pronto para complacerse en sufrimientos románticos como para mejor proyectarse en el porvenir, no dejaba de desear todo y nada. Por un lado se veía como un patriarca que vivía junto a una maravillosa esposa consagrada a las tareas de la casa y a su numerosa descendencia, y por otro tenía que, una vez terminado el período de los espasmos, se levantara ante él el horrible obstáculo de «peligrosos rivales»: la pareja y el cuarto de los niños, el marido que se junta con sus amigos en el café, la esposa abandonada, etc.

La boda civil se celebró en Wandsbek el 13 de septiembre de 1886. Freud abrigaba la esperanza de que con eso bastara y no se viera obligado a ceder a los ritos religiosos, que lo horrorizaban. Pero, para su gran decepción, tuvo que hacer frente a la realidad: en Austria ese matrimonio jamás sería válido en ausencia de una ceremonia religiosa. Al día siguiente, en consecuencia, tuvo que aceptar a la fuerza

esa ceremonia, celebrada en la sinagoga de Wandsbek por el rabino David Hanover. Por eso pidió a Elias Philipp, tío materno de Martha, que lo ayudara a repetir las oraciones hebreas y le enseñara cómo moverse cuando tuviera que pasar bajo el baldaguino que simboliza el Templo. El día de las nupcias, muy elegante y ya con la barba de los notables, se contentó con lucir una levita y un sombrero de copa, para evitar así usar el traje tradicional.

No bien instalados en su nuevo apartamento vienes de la Theresienstrasse, prohibió a Martha celebrar el sabbat y cocinar según las reglas del Kashrut. Ninguno de sus hijos sería circuncidado.³⁶ El rechazo de los rituales fue para Freud la única manera de sentirse judío en el sentido de la judeidad sin tener que renegar de su identidad a través de una conversión cualquiera. Consciente, como Spinoza, de ser heredero de un pueblo que había cohesionado su unidad histórica, no tanto por la doctrina sagrada de la elección como por el odio que suscitaba en las otras naciones, hacía de tal modo de su orgullo de ser judío el fermento más poderoso de una resistencia a todos los conformismos.³⁷

Martha pasó del estado de novia febrilmente deseada al de esposa y madre colmada, respetada y deserotizada. Entre enero de 1887 y diciembre de 1895 trajo al mundo seis hijos: Mathilde, Martin, Oliver, Ernst, Sophie y Anna. Freud dio a los varones los nombres de pila de sus «héroes» favoritos —Charcot, Cronwell y Brücke— y a las niñas nombres tomados de un entorno familiar perfectamente delimitado: Mathilde, esposa de Josef Breuer; Sophie, esposa de Josef Parneth, y Anna, hija de Samuel Hammerschlag. Así como sus hijas quedaron «emparentadas» con las familias judías de la burguesía vienesa de las que su padre era amigo, sus hijos escaparon a ese tipo de designación al asociarse a una denominación más simbólica: por un lado la endogamia y la perpetuación del hogar, por otro la ciencia, la política y la salida del gueto.³⁸

En 1891 la familia se mudó a un apartamento bastante grande en Berggasse, 19. Sin embargo, el año siguiente Freud alquiló otro en la planta baja para instalar en él su consultorio. Cinco años después Minna se fue a vivir a ese mismo lugar para ayudar a su hermana en la crianza de los hijos y las tareas de la casa. Destino muy habitual en las familias extensas de esa época, cuando el lugar de la mujer soltera o

viuda —hija, tía, prima, hermana— se definía según criterios rigurosos: segunda madre, jefa de la casa, compañía indispensable.

Ya en 1893, al notar a Martha agotada por sus sucesivos embarazos, Freud decidió recurrir una vez más a la abstinencia. Tras un primer fracaso que se tradujo en el nacimiento de Anna, su última hija, se negó a practicar el *coitus interruptus*, al igual que los diversos medios contraceptivos utilizados en esos tiempos: preservativo, diafragma, esponja. Con apenas cuarenta años y víctima ocasional de impotencia, renunció a toda relación carnal para liberar a Martha del temor permanente de la maternidad. Ella se sintió menos angustiada y él más curioso al entregarse a una experiencia semejante, que excitaba su imaginación: Freud consideraba, en efecto, que la sublimación de las pulsiones sexuales era el arte de vivir reservado a una élite, la única capaz de acceder a un nivel elevado de civilización.

La vida carnal del más grande teórico moderno de la sexualidad habría de durar, por tanto, nueve años. Sin embargo, hasta los sesenta años, y a pesar de que no aprovechaba la libertad sexual que preconizaba en su doctrina, Freud tuvo numerosos sueños eróticos: se complacía particularmente en analizarlos y, por lo demás, no dejaba de buscar causas «sexuales» en todos los comportamientos humanos. Por eso se lo acusó en varias ocasiones de ser un burgués libidinoso, abortista clandestino, adepto a los burdeles y la masturbación, que no vacilaba en disimular las relaciones sexuales con su cuñada. Se publicaron decenas de libros, novelas y ensayos, para «demostrar» que Freud no había dejado, a lo largo de toda la vida, de ocultar su sexualidad, necesariamente salvaje y transgresora. En realidad, Freud intentó varias veces reanudar las relaciones carnales con Martha. Pero se sentía viejo y torpe y terminó por renunciar: «Cuando haya superado del todo mi libido (en el sentido corriente), me dedicaré a una "vida amorosa de los hombres"». Y también: «Lamentablemente, el rebrote de erotismo que nos ocupó durante el viaje se fundió en los afanes del tiempo de trabajo. Me adapto al hecho de ser viejo y ni siquiera pienso constantemente en el envejecer».³⁹

Todos los rumores sobre la vida sexual de Freud se apoyaban en una realidad mil veces reinterpretada: la endogamia, por una parte, y la teoría de los sustitutos, por otra. Fascinado desde la infancia por el deseo de incesto, los matrimonios consanguíneos, las relaciones in-

trafamiliares transgresoras, las genealogías defectuosas, Freud, en efecto, veía en cada hija la imagen negativa o positiva de la madre o el reflejo invertido de la hermana, e incluso en cada niñera el sustituto de una madre, una tía, una hermana o una abuela. Y consideraba asimismo a cada hijo o yerno como el heredero del padre o del abuelo y hasta como el cómplice del hermano.⁴⁰ Y esa es la razón por la cual hizo de Minna su «segunda esposa», su hermana, su confidente de todos los momentos. Con la condición, empero, de que no ocupara jamás el lugar de Martha.

En septiembre de 1897, cuatro meses después de que el emperador Francisco José se resignara a convalidar la elección como alcalde de Viena de Karl Lueger, admirador de Drumont y cabecilla antisemita del Christlichsoziale Partei (Partido Socialcristiano), Freud se adhirió a la logia del B'nai B'rith, asociación judía humanitaria de fines benéficos y culturales, frente a la cual habría de pronunciar más adelante una veintena de conferencias. Ante «sus hermanos» en la alianza reivindicaba vínculos de naturaleza ética con el judaísmo, que no tenían nada que ver con «creencia» alguna. Freud seguía siendo un descreído y votaba al Partido Liberal, a la vez que frecuentaba a socialdemócratas.

El encuentro con Charcot había sido decisivo. No solo porque su concepción de la histeria le había abierto nuevas perspectivas sobre la vida psíquica y la realidad de la sexualidad humana, sino porque ese maestro pertenecía, mucho más que Briicke, a una estirpe de científicos cuya irradiación superaba ampliamente el ámbito cerrado de las facultades. Mundialmente conocido, Charcot era en primer lugar y ante todo un «vidente» dotado de un poder imaginativo que coincidía a la perfección con los sueños más extravagantes de Freud. ¿No había llegado él, al mismo tiempo que alejaba a la histeria de toda referencia a un substrato anatómico, a susurrar al oído del joven vienés enamorado, convencido de su talento, que las verdaderas causas de ese mal convulsivo eran genitales? ¿No había dicho un día, delante de sus alumnos estupefactos, que la teoría, aun la más pertinente, era impotente frente a una realidad que la contradecía? «La teoría es buena, pero eso no impide que las cosas sean como son». Freud siempre recordaría este imperativo categórico.⁴¹

El estudio de la sexualidad se había convertido para todos los

científicos de la época, tanto de Europa como del otro lado del Atlántico, en la gran cuestión del siglo próximo, y la histeria parecía ser su pieza maestra, mucho más allá de los debates médicos entre especialistas. Y no hay duda de que Charcot no era solo un maestro para Freud. Era la persona gracias a la cual se había conquistado un nuevo continente: el de la sexualidad.

Es cierto, el honesto Breuer había encauzado a Freud por el camino de la dilucidación de los fenómenos neuróticos al señalarle la importancia del determinismo psíquico en la etiología de la histeria. Pero, como profesional riguroso, deseoso de verificación experimental, dudaba de todo, formulaba sin cesar reservas sobre sus propias hipótesis y aconsejaba a Freud la mayor de las prudencias. Breuer quería a Freud y Freud quería a Breuer. Pero, bajo el influjo del amor que sentía por Charcot, Freud no sabía ser prudente.

Por eso, el 15 de octubre de 1886, invitado a dictar una conferencia en la prestigiosa Sociedad Imperial de Médicos de Viena, cometió el error de no elaborar un trabajo original como pretendía la tradición y, en cambio, se erigió en el vocero de las tesis de Charcot sobre la histeria masculina y el hipnotismo. Convencido de que las eminencias presentes en la sala ignoraban la doctrina del maestro francés, Freud les impartió una lección en toda regla. Atribuyó pues a Charcot haber descubierto, el primero, que la histeria no era ni una simulación ni una enfermedad del útero, olvidando que el hecho ya era bien conocido en Viena.⁴² Omitió señalar, por añadidura, que la disputa entre Viena y París se refería a la distinción entre histeria funcional e histeria traumática, que Charcot rechazaba.⁴³

En síntesis, Freud recibió severas críticas de Heinrich von Bamberg, de Emil Rosenthal y sobre todo de Theodor Meynert, muy hostil al hipnotismo. Esos juicios lo sumieron en una fuerte amargura y lo indujeron a concebir, como más adelante lo harían sus discípulos, la idea de que lo detestaban debido a sus geniales innovaciones de sabio solitario. Sin embargo, no era así.⁴⁴

Breuer y Freud conversaban a menudo de sus pacientes e intercambiaban sus experiencias. Uno y otro utilizaban los tratamientos en vigencia en la época: electroterapia, balneoterapia, hidroterapia. Breuer se inclinaba por el método catártico, reactualizado por Jacob Bernays. Ese método permitía a los pacientes eliminar los efectos

patógenos y luego, mediante una «abreacción», revivir los acontecimientos traumáticos a los cuales aquellos estaban ligados. Freud también recurriría a él. Pero en el otoño de 1887 decidió apoyarse más en la sugestión hipnótica, motivo de una verdadera disputa no solo entre los médicos vieneses sino entre la escuela de París y la de Nancy. Al pretenderse «hipnotizador», Freud buscaba, por la relación dinámica, una salida al nihilismo terapéutico. Frente a las eminencias médicas que lo habían criticado por usar cocaína y elogiar a Charcot, tenía toda la intención de desempeñar el papel de rebelde transgresor que tan oportuno le resultaba. Y al mismo tiempo se distanciaba de la enseñanza de la Salpêtrière.

Profesor de medicina interna en Nancy, Bernheim había adoptado el método hipnótico de Auguste Liébault y solo trataba a pacientes capaces de entrar en estado de hipnosis. Si el marqués Armand de Puysegur había abierto, en vísperas de la revolución de 1789, el camino a la idea de que un maestro —noble, médico, sabio— podía ser limitado en el ejercicio de su poder por un sujeto capaz de oponerle una resistencia, Bernheim mostraba que, a fines del siglo XIX, la hipnosis ya no era más que un asunto de sugestión verbal. En esa época una clínica de la palabra sustituyó a la clínica de la mirada, y Bernheim contribuía a eliminar los últimos vestigios del magueuismo al invertir la relación descrita por Puysegur, a costa de disolver la hipnosis en la sugestión.

En consecuencia, el reproche fundamental que hacía a Charcot era el de fabricar artificialmente síntomas histéricos y manipular a los enfermos, mientras que la lógica de la fusión entre hipnosis y sugestión llevaba a Bernheim a sostener que los efectos obtenidos por el hipnotismo podían alcanzarse mediante una sugestión en estado de vigilia, lo que pronto se denominaría psicoterapia.

En el verano de 1889, acompañado por Anna von Lieben, una paciente perteneciente a la aristocracia judía de Viena a quien Charcot ya había tratado, Freud visitó a Bernheim antes de viajar una vez más a París para asistir a dos congresos internacionales. Fue testigo de sus experiencias de sugestión, tuvo discusiones estimulantes con él y se propuso traducir su libro.⁴⁵ Sin renunciar a lo que había aprendido con Charcot, tomó de Bernheim el principio de una terapia que allanaba el camino a una cura por la palabra. No intervino, pues, en

la disputa que oponía a las dos escuelas. Pero muy pronto se percató de que la sugestión solo funcionaba en determinadas circunstancias, y sobre todo en un medio hospitalario. Por eso prefirió valerse del método catártico, sin proscribir de todos modos el hipnotismo, lo cual lo condujo además a tener en cuenta el elemento erótico presente en la cura, es decir, la transferencia.⁴⁶

Me encontraba con una de mis pacientes más dóciles, en quien la hipnosis había posibilitado notabilísimos artilugios; acababa de liberarla de su padecer reconduciendo un ataque de dolor a su ocasionamiento, y hete aquí que al despertar me echó los brazos al cuello. [...] Me mantuve lo bastante sereno como para no atribuir este accidente a mi irresistible atractivo personal, y creí haber aprehendido la naturaleza del elemento místico que operaba tras la hipnosis. Para eliminarlo o, al menos, aislarlo, debía abandonar esta última.⁴⁷

A posteriori, Freud solo conservó de la hipnosis la posición acostada del paciente sobre un diván, detrás del cual se sentaba él para verlo sin ser visto. En cuanto a Anna von Lieben, gran afeccionada, afectada de locura, obsesa, consumidora ilimitada de caviar, champán y drogas y siempre insomne durante las noches, era en la época su principal paciente, su *prima donna*.⁴⁸ Y en su familia llamaban a Freud *der Zauberer* (el mago). Pero más adelante lo rechazaron, sin que lograra curar jamás a Anna de su adicción a la morfina, ni por la hipnosis ni por el método catártico.⁴⁹

Desde su boda y su establecimiento como especialista en enfermedades nerviosas Freud carecía de un interlocutor que estuviera lo bastante alejado de él para permitirle utilizar de nuevo sus incomparables talentos de epistológrafo. La espera duró un año, hasta el día del otoño de 1887 en que, aconsejado por Breuer, un tal Wilhelm Fliess, médico berlinés especializado en las patologías de la nariz y la garganta,⁵⁰ acudió a él para asistir a sus clases, tras finalizar su formación en el Hospital General de Viena. De la misma generación de Freud y, como él, partidario del darwinismo y de la escuela positivista de Helmholtz, Fliess era hijo de un negociante de granos poco afortunado y depresivo cuya familia, judía sefardí, estaba establecida en la marca de Brandemburgo desde el siglo XVII.

Es difícil saber qué es en verdad lo que sintió Fliess en esa relación de amistad volcánica que, otra vez, se apoderó de Freud. Constatamente a la que había mantenido con Martha, la correspondencia intercambiada por los dos hombres nunca pudo reunirse por completo. Solo quedan las cartas de Freud.⁵¹ ¡Nuevo *Sium und Dangel*! Freud escribía a toda velocidad; multiplicaba las abreviaturas y las palabras latinas y hacía un menjunje con todo lo que se enteraba acerca de la vida sexual de sus pacientes y todo lo que sabía de la suya propia y la de las familias vienesas: padres, madres, hermanas, hijas, empleados domésticos. Clasificaba, ordenaba, multiplicaba los cuadros clínicos y manifestaba un entusiasmo frenético ante cada mínima recibida o enviada.

En resumen, desde el primer encuentro Freud cayó bajo el hechizo de ese médico que no se parecía a ninguno de sus amigos vieneses de la misma generación y ni siquiera a Breuer, quien, a pesar de su legendaria prudencia, sentía por su protegido la misma admiración que este por él.

Dotado de una sólida formación médica y científica, Fliess pertenecía no obstante a la prolongada estirpe de sabios prometedores puestos en valor por la literatura romántica y cuya huella encontramos en la obra de Thomas Mann. Adepto a una teoría mística y orgánica de la sexualidad, era en cierta forma un doble de Freud, su «demonio», su «álter», y suscitaba en él las más grandes excitaciones intelectuales. A fuerza de quererle, de oponerse, de tomarse recíprocamente por testigos de su cotidianidad más íntima o de contarse historias de casos, a la vez que elucubraban las hipótesis más atrevidas, pero también a fuerza de encontrarse en diversas ciudades de Europa durante «congresos» de los que eran los únicos oyentes y los únicos participantes, llegaron a verse como hermanos mellizos y a hacerse fotografías con la misma barba, la misma ropa, la misma mirada, y repartieron ese retrato entre sus amigos.

En 1892 Fliess se casó con Ida Bondy, una paciente de Breuer, cuya hermana, Melanie, se casaría cuatro años después con Oskar Rie, el médico de la familia Freud y compañero de Sigmund en el juego del tarot. De la unión de Fliess con Ida nacería Robert, que llegaría a ser psicoanalista, mientras que Oskar tendría dos hijas, Margarethe y Marianne. La primera sería la mujer de Herman Numbert

y la segunda, de Ernst Kris, ambos discípulos de Freud. ¡Una historia de familia, sin lugar a dudas!

Hereditario de un entoque científico en plena mutación, en el que se mezclaban las explicaciones más racionales, las más innovadoras y las más extravagantes acerca de las relaciones del alma y el cuerpo, Fliess, que padecía migrañas de origen desconocido, no dudaba jamás de sus hipótesis, que tomaba por certezas establecidas no bien las intuía. Apasionado por el arte, las matemáticas, la biología, la historia, la literatura y la antropología, había tomado la costumbre de poner en relación toda clase de manifestaciones patológicas de la vida humana que, sin embargo, no tenían nada que ver unas con otras. Su proceder era, pues, mucho más fascinante por tener como fundamento una concepción de la ciencia en que la duda no tenía lugar alguno, así como por basarse en especulaciones que llegaron el caso eran delirantes.

Cuando conoció a Freud, Fliess estaba elaborando una doctrina articulada alrededor de tres ejes: una clínica de la neurosis, una teoría fisiológica de la periodicidad y una representación biomédica y cosmológica de la bisexualidad humana.

Tras haber descrito una entidad clínica denominada «neurosis nasal refleja»,⁵² Fliess encontraba sus causas tan pronto en perturbaciones orgánicas ligadas a diversas enfermedades —entre ellas las migrañas— como en trastornos originados en los órganos genitales. Por eso relacionaba las mucosas nasales y las actividades genitales para colegir la existencia de un vínculo entre los cornetes de la nariz, las menstruaciones de la mujer, el embarazo y el parto. De ahí la idea de que los síntomas de esa «neurosis», al igual que las migrañas y otras secuelas de la menstruación, obedecían a un ritmo regular de veintiocho horas. Fliess agregaba a este otro ciclo de veintitrés días, del que hacía el equivalente masculino del ciclo menstrual femenino. Y como esos dos ciclos se manifestaban en cada uno de los dos sexos, deducía de ello la existencia de una bisexualidad fundamental del ser humano, que a su juicio se traducía en una bilateralidad fisiológica, por la que cada humano era a la vez hombre (a la derecha) y mujer (a la izquierda). Arnado de este conocimiento de la periodicidad y la bisexualidad humana, creía poder determinar con certeza las fechas críticas de los ciclos que predeterminaban el nacimiento, la enfermedad y la muerte.⁵³

Convencido de que los diversos trastornos de su «pobre Konrad» podían, así, aliviarse o curarse mediante un tratamiento de las fosas nasales, Freud, que calificaba a Fliess de «Kepler de la biología», se hizo operar dos veces por él. Durante algún tiempo tuvo supuraciones. Fliess trató entonces en vano de hacerlo abandonar su adicción a la nicotina, que se intensificó cuando dejó de tomar cocaína. Y mientras llegaban a la edad madura, ambos hombres se entregaban a cálculos científicos para determinar, en virtud de la teoría fliessiana, las fechas de muerte y nacimiento.

En esa época, Freud tenía morir antes de conocer Roma, su tierra prometida, o de consumir su obra: el paso de la neurología a la psicología. Sin embargo, rechazaba una y otra vez la oportunidad de hacer ese viaje, en razón de sus famosos cálculos. Cuando Ida se quedó embarazada casi al mismo tiempo que Martha, Fliess pronosticó el nacimiento de una hija y Freud el de un varón al que llamaría Wilhelm. Pero el destino decidió otra cosa: Fliess tuvo un varón (Robert) y Freud una niña (Anna).

Mientras Fliess avanzaba en la exploración cada vez más irracional de la bisexualidad humana, a la vez que propiciaba peligrosas operaciones de las fosas nasales, Freud elucubraba toda clase de hipótesis sobre el psiquismo humano. En un manuscrito de un centenar de páginas, *Proyecto de psicología*, concebido como un tratado de psicología destinado a los neurólogos, expuso en honor de su amigo, en 1895, un plan general de su enfoque neurológico de la memoria, la percepción y la conciencia. En él describía los procesos patológicos a través de los cuales intentaba poner de manifiesto las características de los llamados fenómenos psicológicos «normales». Al contrario de Fliess, y siempre en duda con respecto a sí mismo, procuraba hacer de la psicología una ciencia natural muy alejada del proyecto de reducir los fenómenos psíquicos a trastornos orgánicos.

Plantaba además una serie de correlaciones entre las estructuras cerebrales y el aparato psíquico, en el propósito de representar los procesos psíquicos como otros tantos estados cuantitativamente determinados por partículas materiales o neuronas. Ordenaba estas en tres sistemas distintos: percepción (neuronas w), memoria (neuronas N) y conciencia (neuronas R). En cuanto a la energía transmitida (carried), la regían, en su opinión, dos principios—uno de inercia, otro

de constancia—y provenía ora del mundo exterior, vehiculada en este caso por los órganos de los sentidos, ora del mundo interior, es decir, del cuerpo. La ambición de Freud era referir a ese modelo neurológico el conjunto del funcionamiento psíquico, tanto normal como patológico: el deseo, los estados alucinatorios, las funciones del yo, el mecanismo del sueño, etc.

Esa necesidad de «neurologizar» el aparato psíquico equivalía además a fabricar una «mitología cerebral». Freud no tardó en advertirlo y renunció a ese proyecto para construir una teoría puramente psíquica del inconsciente.⁵⁴ A partir de entonces calificó de delirio, balbuceo y galimatías lo que había elaborado.

En virtud de esa nueva perspectiva, que lo llevó a explorar los fenómenos inconscientes, consideraba que el origen de los síntomas neuróticos—y en especial los que caracterizaban a las histéricas—se encontraba en traumas sexuales sufridos en la infancia. Este postulado coincidía con lo que Freud había retenido de la enseñanza de Charcot. Y dio el nombre de «seducción» o «atentador» a los abusos sexuales padecidos en la infancia por las pacientes a quienes escuchaba y que, muy a menudo, los contaban con lujo de detalle en las curas y acusaban a un padre, un tío, un amigo de la familia.

Como quiera que sea, entre 1892 y 1895 la joven y bella Emma Eckstein fue la principal víctima de los intercambios clínicos y las divagaciones teóricas de Fliess y Freud.⁵⁵

Perteneciente a la burguesía judía progresista y muy activa en el movimiento feminista austríaco, en su infancia Emma había sido víctima, al parecer, de una llamada ablación «terapéutica» destinada a impedirle masturbarse. Desde bastante tiempo atrás padecía molestias gástricas y menstruaciones dolorosas. Allegado a su familia, Freud decidió practicar con ella una cura caritativa ad honorem en la propia casa de la muchacha. Se persuadió entonces de que sus dolores podían relacionarse con la mucosa de la nariz. Por eso pidió a Fliess que viajara desde Berlín para operarla. Fliess extirpó el tercio anterior del cornete medio izquierdo de la nariz de Emma.

Dos semanas después de la intervención la joven sintió espantosos dolores causados por secreciones infecciosas purulentas de las que se desprendería un olor fétido. Un fragmento de hueso se había partido y provocaba hemorragias. Preocupado, Freud llamó a su amigo Ignaz

Rosanes; este, al limpiar la herida, advirtió que Fliess había olvidado en la cavidad nasal un pedazo de gasa impregnada de tintura de yodo. Al removerlo, salió un abundante chorro de sangre. A punto de desvanecerse, Freud se refugió en la habitación de al lado. Después de tomar una copa de coñac volvió junto a la paciente, que lo recibió con estas palabras: «He ahí al sexo fuerte».⁵⁶ Emma padecería toda su vida secuelas de esa intervención quirúrgica: el hueso de la nariz se había necrosado de manera irreversible.

Realmente afectado por este asunto, Freud consideró que Fliess y él se habían mostrado irresponsables con Emma, quien, sin embargo, nunca les reprochó sus errores. Pero, para exonerar a su amigo, señaló que ella ya sufría desde la infancia violentas hemorragias nasales. Emma retomó el tratamiento con él. Al escucharla hablar de su temor a entrar en las tiendas, Freud dedujo que esa fobia se remontaba a una escena de seducción que se habría producido cuando ella tenía ocho años: un tendero habría intentado un toqueteo. La escena habría sido reprimida, pero era al parecer el origen del síntoma del que la joven se quejaba.⁵⁷

A continuación, tras haber propuesto la hipótesis de que la confesión hecha por las histéricas de las seducciones sufridas en la infancia se asemejaba a la del comercio sexual obtenida antaño bajo la tortura por los inquisidores, Freud se maravilló al ver que Emma confirmaba su tesis al contar una escena en que el diablo le clavaba agujas en los dedos y pasaba luego un caramelo por cada gota de sangre. Y de nuevo exoneraba a Fliess, quien por otra parte seguía negándose a reconocer su error.⁵⁸

Emma Eckstein fue la primera mujer psicoanalista de la historia del freudismo. Entre 1905 y 1910 escribió varios artículos e intercambió algunas cartas con Freud, que siguió ignorando las múltiples causas de las que dependían sus trastornos psíquicos y somáticos. Tras una desdichada aventura amorosa ella intentó suicidarse. Pero ni su sobrino, Albert Hirst,⁵⁹ que dio a Kurt Eisler un testimonio conmovedor, ni médico alguno lograron curarla y ni siquiera comprenderla.⁶⁰

Consciente de la persistencia del misterio, pero no dispuesto a admitir que podía haberse extraviado mil veces, Freud pronosticó que Emma no se repondría jamás. ¡Incrédible profecía! Paralizada por

una mal inexplicable, ella pasó sus últimos años de vida tendida en una cama rodeada de sus libros.

En vista de este episodio podemos preguntarnos quién inventaba los presuntos abusos y otras maniobras perversas que, según se decía, se ocultaban en el seno de familias honorables. ¿El propio Freud o las pacientes que le hacían creer en la existencia de una empresa de seducción sistemática de los niños llevada adelante por los adultos? Al respecto, Breuer, que por entonces preparaba con su protegido un estudio sobre la histeria, se mostró siempre muy reservado en cuanto a la etiología traumática.

Durante años, pues, Freud se dejó hechizar por Fliess, y este lo encerró en una concepción de la ciencia en la que no había lugar ni para el error, ni para la experiencia, ni para la búsqueda de la verdad, dado que era la certeza, y solo ella, la que gobernaba el trabajo especulativo. Al paso de las cartas advertimos, sin embargo, que Freud evolucionaba en sentido contrario a Fliess. Si bien se negaba conscientemente a poner en duda las hipótesis de su amigo, se alejaba poco a poco de ellas a fuerza de renegación, ambivalencia y contorsiones, como si el trabajo que se operaba en él sin que lo supiera lo impulsara a dudar de lo que juzgaba como un verdadero proceder científico.

De hecho, el contacto con Fliess lo llevó a separarse de la neurología, a enemistarse definitivamente con Breuer, a inventar el tratamiento psicoanalítico, a renunciar a la teoría de la seducción, a invocar la tragedia griega en auxilio de su explicación del inconsciente y a preparar el gran libro que iba a hacer de él uno de los pensadores más importantes del siglo XX: *La interpretación de los sueños*. Como Emma Eckstein, Fliess fue la principal víctima de ese combate librado por Freud contra sí mismo. En tanto que en vida se encumbró a Fliess por su aporte a la biología médica, la posteridad lo juzgó severamente como un maníaco de los números y un taumaturgo delirante, último testigo de una medicina romántica que agonizaba. Su obra cayó a tal punto en el olvido que solo tuvo existencia por el papel que los historiadores le atribuyeron en la dilucidación de los orígenes del psicoanálisis.⁶¹ Y el propio Freud rechazó siempre que lo asociaran a la tradición del romanticismo.

En los albores del siglo XX, después de tantos años de intercamb-

biar locuras y de estar unidos por matrimonios cruzados entre amigos cercanos en el seno de una familia intelectual ampliada, y con el telón de fondo del doble auge de la modernidad vienesa y la modernidad berlinesa, los dos amigos se separaron para no volverse a ver nunca más. Freud fue el sumioso beneficiario de esa amistad de unos quince años, cuyo saldo fue para Fliess un desastre y para el psicoanálisis un triunfo.⁶²

La ruptura fue de gran violencia. En julio de 1900 los dos hombres se reunieron a orillas del lago de Achen. Fliess acusó a Freud de dar muestras de animosidad contra él y Freud le reprochó no reconocer el valor de sus descubrimientos.

Muy poco tiempo después Freud expuso su teoría de la bisexualidad al jurista austríaco Hermann Swoboda, que se analizaba con él. Esa misma noche Swoboda habló del tema con su amigo Otto Weininger, célebre escritor judío vienes, quien, un año después, publicó su único libro, *Sexo y carácter*, verdadero manifiesto de la bisexualidad y del odio a las mujeres y los judíos. Algún tiempo más tarde, Weininger puso en escena su suicidio: alquiló una habitación en la antigua casa de Beethoven y se disparó una bala en el corazón.⁶³

Fliess conoció la obra en 1904 y, al igual que Swoboda y Paul Julius Moebius,⁶⁴ se sintió plagiado y acusó a Freud de haberle robado sus ideas durante los años de su amistad. Este asunto del «robo de ideas» fue la comidilla de la prensa y Freud reconoció su deuda con Fliess.⁶⁵ Pero también sabía que, a diferencia del plagio, el «robo de ideas» no existe, y que la teoría de la bisexualidad impregnaba en esa época todos los trabajos de los científicos. Originada en el darwinismo y la embriología, reactualizaba en parte los mitos fundacionales de la antigua Grecia. Freud, es cierto, se sentía culpable de haber hablado con Swoboda, pero en ningún momento se adhirió a esa fantasía del «robo de ideas».⁶⁶ En cuanto a la bisexualidad, ulteriormente hizo de ella un concepto central de la doctrina psicoanalítica que no tenía mucho que ver con la representación fliessiana de una bilateralidad.

Con todo, el episodio de esa amistad que, a través de una larga deriva, había hecho de él otro hombre, siguió asediando durante mucho tiempo a Freud. Sin atreverse a contarlo verdaderamente, este destruyó las cartas de Fliess y, cuando Marie Bonaparte compró las

suyas a un comerciante, en 1936, se opuso con firmeza a su publicación.⁶⁷

A continuación, sobre la base de su propia concepción de la paranoia, Freud explicó a Sándor Ferenczi, en 1910, que la idea de ligar el conocimiento paranoico a una investidura homosexual y el conocimiento teórico a un rechazo de esta última se le había ocurrido a causa de una reactivación dolorosa de la ruptura con Fliess: «Desde el asunto de Fliess [...] una parte de la investidura homosexual se extinguió y me valí de ella para expandir mi propio yo. He triunfado donde el paranoico fracasa».⁶⁸ Esta teoría era por lo menos discutible.

Sin embargo, Freud había creído sin asomo de duda que iba a poder deshacerse de esa parte de su historia. En agosto de 1897 pretendió que estaba haciendo un «autoanálisis». Una manera de poner en entredicho, sin decirlo, todo el sistema de pensamiento que había elaborado hasta entonces. Pero también este asunto se saldó con un fiasco. En un principio Freud había explicado a Fliess que su principal paciente era él mismo. Luego había analizado sus propios sueños para afirmar a continuación que no entendía nada de lo que le pasaba. Tras creer por un tiempo que el «autoanálisis» se había puesto efectivamente en marcha, terminó por admitir que era imposible:

Mi autoanálisis sigue interrumpido. He echado de ver por qué. Solo puedo analizarme a mí mismo con los conocimientos adquiridos objetivamente (como a un extraño), un autoanálisis genuino es imposible, de lo contrario no habría enfermedad. Como todavía tengo algunos enigmas en mis casos, esto no puede menos que estorbar en el autoanálisis.⁶⁹

Inventado para salir de un estancamiento, el concepto inhallable de autoanálisis tuvo una carrera afortunada en la comunidad freudiana, que acogió la idea de que solo Freud, como «padre fundador» de la disciplina, había llevado realmente a cabo una investigación de sí mismo que podría servir de modelo iniciático a toda la genealogía de las filiaciones venideras. Él se había «autoengendrado», se decía, y, en consecuencia, había que recusar toda historia contextual de los orígenes del psicoanálisis en beneficio de una mitología del «gran hombre». Esa fue la posición de Jones en 1953. Desde ese punto de vista:

este hizo de Fliess un falso científico iluminado y de Freud un héroe de la ciencia capaz, desde las alturas de su «espléndido aislamiento», de inventar todo sin deber nada a su época. Y de resultas, Jones se entregó a una interpretación psicoanalítica de la historia que la comunidad psicoanalítica, para su gran infortunio, repetiría durante varios decenios: una verdadera leyenda en lugar de la historia, según la cual Fliess habría ocupado en relación con su amigo la posición del seductor paranoico y del sustituto paterno del que Freud, a la larga, se habría liberado gracias a la fuerza de su genio.

Sabemos bien que leyendas semejantes no se sostienen frente a los estudios históricos. Aun cuando toda nueva disciplina deba sus enunciados a un «padre fundador», este instaure una discursividad que no puede pertenecerle porque, si dicha disciplina es racional, genera una posibilidad infinita de discursos susceptibles, a su vez, de reinterpretación.⁷⁰

Otra interpretación de ese episodio, mucho más interesante, fue la que propuso Freud al comienzo de su ruptura con Fliess. En una carta fechada el 7 de mayo de 1900, un día después de cumplir cuarenta y cuatro años, aquel reafirmó que, para pensar, necesitaba el contacto con un amigo capaz de revelar lo que había de «femenino» en él. Y, tras destacar que ningún científico podía saber de antemano cuál sería el juicio de la posteridad, agregó:

Ningún crítico [...] puede ver con más acuidad que yo qué «desproporción» se abre entre problemas y soluciones, y como justo castigo me será dado el de que ninguna de las provincias todavía no descubiertas en la vida anímica, que yo soy entre los mortales el primero en hollar. Lleve alguna vez mi nombre u obediencia a mis leyes. Cuando a mí en la contienda amenazaba acabármeme el aliento, rogué al ángel que soltara, y es lo que desde entonces él ha hecho. Pero yo no he sido el más fuerte, aunque desde entonces visiblemente cojeo. Sí, efectivamente ya tengo cuarenta y cuatro años, un viejo, toscó israelita.⁷¹

Freud hace alusión aquí al célebre pasaje del Génesis que relata el combate nocturno de Jacob con el ángel. Solo en la noche, el hijo de Isaac y nieto de Abraham lucha hasta el alba con un misterioso adversario cuyo sexo ignora, y que es a la vez Dios y el enviado de Dios (Elohim y el ángel). Al comprender que no vencerá al hombre,

el ángel lo hiere en la articulación del fémur y lo deja cojo. Y cuando quiere huir, Jacob le pide que lo bendiga. El ángel le anuncia entonces que en el futuro se lo llamará Israel. Vencedor del adversario pero herido de por vida, el tercer patriarca encarna la idea de que la más alta victoria del hombre es la que obtiene sobre sí mismo y sobre su arrogancia.⁷²

Y sin duda era mediante esa temática heredada del texto sagrado como Freud llevaba a cabo su ruptura con Fliess y se inventaba un destino: el de un hombre herido que se apresta al combate perpetuo contra los hombres y contra sí mismo. Tal era pues, en 1900, su estado de ánimo en el momento en que, como el tercer patriarca, creía haber hecho un descubrimiento cuyo devenir jamás controlaría, ya que se juzgaba demasiado viejo y «cojo» para ponerlo en práctica.⁷³

Esta aventura confirma, por si hubiera necesidad, que todo proceder científico está salpicado por el paso del error a la verdad. Jamás teoría alguna, aunque sea la más racional o más lógica, está inmune al irracionalismo al que pretende escapar. En otras palabras, Freud no se liberará nunca, en sus obras ulteriores, de los vestigios de una deriva —o de un perpetuo combate contra el ángel— cuyas huellas discernimos en su correspondencia con Fliess.